

MADAMA DE SÉVIGNÉ.

SIGLO DÉCIMO SÉTIMO.

PRIMERA PARTE.

I.

La gloria tiene sus casualidades, ó mas bien sus misterios; porque hay razon en todo; llamamos inoportunamente *misterio* á esa lógica secreta de las cosas humanas, que nuestra irreflexion no ha profundizado bastante, y cuyos efectos atribuimos á la casualidad, en vez de atribuirlos á su verdadera causa.

Digamos primero que casualidad es esa que hiere nuestra imaginacion al solo nombre de madama de Sévigné, en seguida investigaremos si la gloria de este nombre es en efecto una casualidad, y nos esplicaremos el misterio de esa inmortalidad de una chismería que ha llegado á ser uno de los mayores vestigios de uno de los siglos mas grandes.

He aqui la casualidad.

Una muger oscura, una pobre viuda madre de dos hijos sin importancia personal en la nacion, sin rango en la corte y sin nombre que atraiga de antemano sobre ella la atencion de su pais, sin el prestigio de las dignidades que hubiese heredado de un padre ó de un marido, sin elevada fortuna, sin gran parentesco entre los que manejan los negocios de su tiempo, sin favor y hasta sin distincion del príncipe que reina, oculta tan pronto en una calle de un barrio subalterno de París, como entre las alamedas de una granja de Borgoña ó de la baja

Bretaña, esta viuda ociosa se sienta en las tardes de estío á la sombra de su árbol de *las Rocas*, se recoge en las noches de invierno al lado de su chimenea de París, escucha á su corazon, mira por un rincon de ventana ó de horizonte la *figura del mundo que pasa*, coge la pluma, la deja correr á su antojo sobre sus rodillas, se esplaya con su hija, habla con sus amigos, cuchichea con los ausentes, se entretiene consigo misma ó con Dios, arroja todos los dias cartas y esquelas en el correo, no piensa en el público, ni en el arte de escribir, ni en la posteridad, ni en la gloria, y se halla de repente y de improviso con que ha construido, no solamente el monumento literario mas original, variado y nacional de su siglo, sino tal vez el monumento mas íntimo y patético del corazon humano en todos los siglos. El tiempo ha marchado; los curiosos han abierto las cartas; la charlatanería se ha hecho genio, la chismería se ha convertido en historia y el cuchicheo ha llegado á ser uno de los ruidos mas prolongados de la posteridad.

Esta es la casualidad.

Ahora veamos el misterio.

II.

¿El misterio? Está en dos palabras; en que el interés de las cosas humanas no se funda en la grandeza de las situaciones ó de los acontecimientos, sino en la emocion del alma donde resuenan esas situaciones y esos aconteci-

mientos. El alma es á las cosas humanas, pequeñas ó grandes, lo que el aire es al ruido, el vehículo del sonido; por fuertes que sean los golpes que deis sobre el metal mas sonoro, si falta el aire, ó está enrarecido, nada oireis, el eco estará mudo: sin aire no hay ruido; sin alma no hay impresion, y por consecuencia tampoco interés, ni gloria; este es el secreto del corazón humano, que no puede ser conmovido si no por consonancia con lo que ha sido conmovido antes que él.

Hay almas ocultas en el mundo, mas conmovidas y por consecuencia mas sonoras que todo el siglo donde las arroja Dios, como arroja los ecos en el secreto de los bosques y de las cuevas; no se los ve, y se les oye hasta que el leñador haya derribado los árboles ó el tiempo haya reducido la roca á polvo. Esas almas comunicativas, vehículos de las impresiones y de los ecos de su propio corazón ó de los rumores de su siglo, se interponen poderosamente por su naturaleza conmovida y vibrante entre el mundo y nosotros, y nos obligan á pensar y sentir en ellas y por ellas, aun cuando nos propusieramos lo contrario. Son el elemento sensible, el medio simpático (para servirnos de un término material) al través del cual lo percibimos todo, lo presente, lo pasado y frecuentemente á nosotros mismos. Así ¿qué sucede en los juegos de la reputacion y de la gloria literaria? Sucede que seres desapercibidos por sus contemporáneos, hombres ocultos, mugeres oscuras, algunas veces almas anónimas, como el autor de la *Imitacion de Jesucristo*, son en realidad mas grandes é inmortales que todo su siglo y que mientras que los hombres que remueven á grandes brazadas las cosas humanas, trastornan los imperios, manejan los centros, agitan las asambleas, administran los negocios públicos, forman la historia ó la escriben, se esfuerzan por hacer un gran ruido permanente alrededor de sus nombres, llegan á ser suplantados en la gloria por alguno que no habian siquiera percibido bajo sus pies entre la multitud, por un pobre pensador como *San Agustin*, por un pobre monge como el anónimo de la *Imitacion*, por un pobre relojero como *J. J. Rousseau*, ó por una pobre muger como *madama de Sévigné*. La posteridad sabe apenas el nombre de los decantados grandes políticos, grandes poetas, grandes oradores, grandes escritores, que monopolizaban la fama del tiempo, y escucha al cabo de siglos las mas secretas palpaciones del corazón de aquellos seres ignorados, como si esas palpaciones fuesen los acontecimientos mas grandes de la humanidad. Lo son en efecto; por que las cosas no son nada; el corazón humano lo es todo en el hombre; bien lo sabe la gloria, y por eso toma sus verdaderos y eternos favoritos, no en los que le hacen mas ruido, sino en los que le hacen confianzas mas patéticas del alma.

He aquí, en nuestra opinion, el misterio de la fama siempre creciente de mada-

ma de Sévigné; ahora contemos su vida.

Pero no; antes de contar su vida, digamos, para que se comprenda bien, una palabra de un género de literatura que le conquista el interés del mundo, que no existia antes de ella, que ella ha creado, y que no puede ser caracterizado, segun nosotros, sino con una palabra: la *literatura doméstica*, el genio del hogar, el corazón de la familia.

III.

Hay dos centros enteramente distintos, a donde vienen á parar los pensamientos, los actos y los escritos del hombre en nuestras sociedades modernas, y aun en las sociedades de todos los tiempos: el público ó la familia, público limitado, oculto detrás de las paredes del hogar y agrupado con vínculos mas estrechos é íntimos alrededor del corazón.

No es cierto, como se ha querido decir en nuestros dias para autorizar la destruccion de la familia por un individualismo imposible ó por un comunismo brutal, que la sociedad política sea la que ha hecho la familia; es la naturaleza. Felizmente para el género humano, cuya conservacion está colocada muy por encima de nuestras aberraciones y de nuestros sueños, no está fundada la familia sobre una ley humana, si no sobre una ley de Dios, es decir, sobre un instinto. Los instintos son el derecho divino de la constitucion de la humanidad; no se discuten, se los sufre; el espíritu verdaderamente filosófico no se subleva contra los instintos, se abisma por el contrario en la contemplacion de la sabiduría infinita y de la bondad suprema que ha encargado á la misma naturaleza que nos promulgue el primer artículo de esa constitucion del género humano.

IV.

La Providencia, por una ley tan misteriosa como clemente, ha querido que la especie humana no se crease, ni conservase sino por el amor. Ha colocado una pasión simpática en las fuentes de la vida para producir al hombre, y una afeccion simpática en las fuentes de la familia para perpetuar la sociedad. Por un misterio de nuestro origen que es al mismo tiempo una revelacion de nuestro destino, el ser aislado puede vivir, pero no puede perpetuarse; basta ser uno para existir, pero es preciso ser dos para crear. La unidad es infecunda, el matrimonio es eterno.

De ese matrimonio nace por el amor un ser

tercero que lo completa, este es el fruto del amor ó el hijo. Hasta el nacimiento del hijo habia union, pero no familia; el espíritu de familia, es decir de *amor conservador*, multiplicado por el nuevo ser que lo inspira y lo siente, nace con el primer hijo en el alma del padre y de la madre, y se remonta por una reciprocidad instintiva tambien del hijo á la madre y al padre. El hijo los ama porque es amado por ellos. He aquí el grupo acabado. He aquí la trinidad de la naturaleza, de donde brota y se reproduce el amor como el espíritu santo de la humanidad, el espíritu de familia.

V.

Quando la familia se desarrolla y multiplica en otros hijos ó nietos, con ella se multiplica y varia bajo mil formas nuevas y en mil proporciones desiguales y graduadas, ese amor encendido en su primer foco, el seno de la madre; foco de que cada uno saca y lleva una partícula al grupo comun de que forma parte. Las relaciones entre esos diferentes miembros del grupo humano se estienden, varian y se combinan hasta lo infinito de unos á otros, de uno solo á todos, de todos á uno; esto es lo que se llama parentesco; parentesco de la sangre, parentesco del alma que se estrecha ó afloja á medida que cada uno de esos vástagos de la familia lleva en sus venas esa sangre mas ó menos próxima á su fuente, y conserva tambien mas ó menos ese amor que corre en su corazón con esa savia del árbol humano.

Así es que hay amor paralelo del padre á la madre, y de la madre al padre, amor descendente del padre y de la madre para los hijos, el amor ascendente de estos para el padre y la madre; el amor que se difunde del hermano á la hermana, de la hermana á la madre, al padre, al hermano, de los tíos y tías á los sobrinos y sobrinas, de los sobrinos y sobrinas á los tíos y á las tías, del nieto al abuelo y del abuelo á los nietos hasta la última generacion que la brevedad de la vida ó nuestra longevidad nos permite alcanzar con la vista, con el corazón ó el pensamiento. En fin el amor reflejado, disminuido pero conservando todavia una simpática reciprocidad y un dulce calor entre los hijos de estos hermanos, de estas hermanas, de estos nietos, en tanto que la savia, el nombre y la memoria de la raíz comun se perpetuan en las ramas. El espíritu de familia se forma de la reproduccion infinita de todas esas afinidades directas ó indirectas de corazón á corazón, que van enfriándose á medida que se separan de los tres primeros corazones, pero que guardan aun en la circunferencia

mas distante algo de la temperatura del primer foco.

La misma sangre salida de la misma vena, la misma leche sacada del mismo pecho, el mismo nombre, cuya responsabilidad, modesta ó ilustre, pero solidaria, lleva cada uno; nombre que no puede mancharse ó innoblecerse en uno solo sin ennoblecerse ó mancharse un poco en todos; la misma fortuna que hace vivir amplia ó estrechamente á toda la raza del dominio secular de la casa por la herencia aglomerada ó subdividida, segun el número corto ó grande de los hijos; la misma casa paterna en la ciudad ó en los campos, cuyo techo ha cobijado todas esas cunas durante la infancia de la familia, y cuya sombra nos sigue hasta los últimos dias de la vida; las mismas tradiciones, ese cimiento de las ideas que tiene unidas las virtudes, los hábitos, las costumbres y los sentimientos innatos del grupo hereditario, en fin los mismos recuerdos de las lecciones, pláticas, trabajos, vecindad, amistades, placeres, hospitalidad, bienandanza, miseria, felicidad, lágrimas, nacimientos, muertes, esperanzas, tristes ó dulces misterios del mismo hogar, todo esto compone, aun sin saberlo nosotros, al rededor de nuestros corazones, una atmósfera de impresiones indelebiles que nos penetra por todos nuestros sentidos morales, como por todos nuestros sentidos corporales; atmósfera de la que es imposible escapar, que no tiene la rigidez fria de una legislacion; pero que tiene la omnipotencia de la naturaleza.

Esto hizo que en los tiempos primitivos, en que todo era innato y nada habia escrito en las sociedades nacies, en que las leyes no eran mas que las inspiraciones de nuestros instintos, el soberano no fuese mas que el padre, la tribu no fuese mas que la familia y la nacion no fuese mas que la fraternidad de la sangre en una coleccion de tribus. Se ha podido destronar al patriarca, se ha podido reducir mas allá de lo justo la autoridad paterna, y se ha podido destruir la tribu y absorberla en el Estado; pero no se podrá jamás destruir la familia; subsistirá eternamente como la dicha protesta de la naturaleza contra absorcion del Estado, como subsistirá con la propiedad hereditaria, su base divina, contra el comunismo, esa rebelion impotente de la utopia contra el instinto.

VI.

Se concibe que un grupo de seres tan distintos y tan íntimamente ligados unos á otros en medio del gran grupo nacional, debe tener no solamente sus leyes, sus costumbres, sus sentimientos, sus deberes y sus relaciones á parte, sino tambien su literatura. Esta es la li-

teratura que hemos llamado al empezar la *literatura doméstica ó familiar*, género de que madama de Sévigné es la expresión más admirable y completa.

Esta literatura es por su naturaleza puramente confidencial. La casa está tapiada como la vida privada. No se habla ni se escribe allí sino á media voz para ser leído ó escuchado en el rincón del hogar de los padres y de los parientes. El ruido de la casa no llega á la plaza pública. Lo que se publica para el mundo tiene un acento, lo que se confía á los suyos tiene otro. Se escribe para el público ó para la posteridad poemas, historias, filosofías, arengas, novelas, y libros; para la familia solo se escriben cartas; así, pues, la familia no tiene como la amistad ó el amor más que un solo género de literatura, la correspondencia. Cuando esta tiene el genio del agrado, como madama de Sévigné, la familia después de su muerte, deja volar una á una las hojas misteriosas; el siglo las recoge, todos los siglos las leen, y el diálogo en voz baja entre una madre y su hija llega á ser la distracción de la posteridad.

He aquí la historia de madama de Sévigné. Al abrir sus cartas, se ha quitado el sello de su corazón; más esta indiscreción no ha quitado solamente ese sello; ha quitado también el del siglo en que vivió.

Esa mujer, desde el fondo de su casita de las Rocas es el eco de un reinado: por eso la correspondencia de madama de Sévigné, por íntima que sea, es esencialmente histórica; por eso también ese libro, escrito por una mujer que escuchaba á las puertas de una corte, es muy aristocrático, y que para recrearse en él, es necesario haber nacido ó vivido en las regiones elevadas de la sociedad elegante á que esas cartas hacen continuas alusiones, alusiones que no se comprenderían, ni harían gracia sino se supiese un poco su lengua, sus medias palabras y sus misterios: esto en fin hace, que el libro, aunque eminentemente nacional, no sea nunca popular. Si madama de Sévigné, en vez de ser una mujer de alto nacimiento que escribía para cortesanos, no hubiese sido más que una tierna madre que vivía en las condiciones comunes de la existencia y escribía para una familia de un grado más bajo en la vida, su libro más accesible, más inteligible y más simpático á todas las clases que tienen un alma, no formaría solamente las delicias del mundo refinado, sino que sería el manual de todas las familias, el diapason del corazón humano.

VII.

Perdónenos el lector un recuerdo de niño que está enlazado con esta narración; hemos aprendido á leer en ese libro; una madre cria-

da en las elegancias de espíritu de una corte, y relegada después de su juventud por la mediocridad de su fortuna á un retiro rural semejante á las Rocas de madama de Sévigné, hablaba en esta mujer, además de las analogías de espíritu y de corazón, todos los recuerdos del mundo aristocrático que había frecuentado; todos los recogimientos de la soledad campesina que habitaba con sus hijos y todas las expansiones piadosas de su corazón de madre que abrigaba un nido contra los vientos de la vida. Este libro abierto, cerrado, vuelto á abrir por todas sus páginas estaba sin cesar sobre la piedra de su chimenea. Cuando habíamos merecido bien del día por nuestras lecciones bien aprendidas bajo los árboles del jardín y bien recitadas sobre sus rodillas, nos premiaban leyéndonos algunas cartas escogidas y apropiadas á nuestros años, aquellas sobre todo en que la madre habla á su hija de sus bosques, de su alameda, de su perro, de sus ruiseñores, de su piedad, de sus meditaciones religiosas al ponerse el sol tras el terrado de Livry, de su tío obsequioso abate de Coulanges, de sus amigos y vecinos que venían á distraerla de sus plantaciones ó de sus meditaciones de la noche. Nosotros conocíamos los senderos de las rocas y los parterres de Livry como los de nuestro dominio paterno. Aquellos lugares y aquellas impresiones formaban cuerpo con nuestros pensamientos de diez años. Veíamos á nuestra madre en aquella madre, y nos veíamos á nosotros mismos en aquellos hijos.

Después el libro llegó á caerme de las manos; porque si había bastante ternura para todas las edades, no había bastante pasión para mi juventud.

VIII.

En fin, un día la casualidad de una caza estraviada en los montes de la alta Borgoña me condujo á espaldas de una colina poblada de árboles, desde donde se descubría al través de las hojas amarillas y las brumas transparentes del otoño un ancho valle debajo de mí. Formaban su cuenta estensas praderas, y bajo una doble hilera de grandes sauces serpenteaba un río de algunos pasos de anchura, por cuyo vado atravesaban ganados de vacas blanquísimas y bueyes rojos. El viento del agua, al volver las hojas, las hacía relumbrar como láminas de plata; este río sin corriente y sin murmullo parecía salir al Mediodía de la sombra de una vasta extensión de bosque, como el agua que escurre de la bruma sobre las innumerables ramas; por el lado del Norte brillaba el sol que declinaba al ocaso á tanta distancia como podía seguirlo la vista entre otras riberas cubiertas de árboles que se entrecruza-

ban para encerrarlo, ó se entreabrían para franquearle paso.

Esceptuando la cuenca herbosa del valle, todo era bosque continuo en el horizonte; un cielo bajo y opaco pesaba sobre la comarca, el silencio no era interrumpido á larga distancia sino por el mugido repercutido de alguna vaca que llamaba á su chotillo aventurado sobre los ribazos fangosos del río, y por el hacha de los leñadores que despedazaban aquí y allí grandes encinas derribadas sobre el margen de los bosques, y que amontonaban los troncos descortezados en pilas rojas como la sangre á orillas del río. A poca distancia salía de un claro un humo de fuego de carboneros que subía en espiral pesada y azulada hácia las nubes, como el aliento de un fuego demasiado húmedo de rocío.

Era la estación y la hora en que las nieblas que salen de los bosques se arrastran sobre la yerba, suben, vuelven á bajar al más leve movimiento del aire, se rasgan, se recomponen y aclaran de nuevo á un rayo de sol, y por sus ondulaciones convulsivas, semejantes á las de las grandes olas, imitan todo un mar tempestuoso, escepto su ruido.

De repente, encima de este lecho movido de las brumas, veo trasparar y surgir como el casco de un buque naufrago, una torre negra sobre la cual se lanzaba una bandada de cuervos dando graznidos; otras dos torrecillas salieron poco á poco de la sombra aclarada, como si se las hubiese despojado á girones de su sudario de bruma que caía á sus pies; después el rojizo techo de un elevado y ancho castillo cuadrado y luego la larga fachada cenicienta, perforada irregularmente de ventanas altas ó bajas, donde la yedra de los fosos se encaramaba por las rejas de hierro. Los parapetos derrumbados de estos fosos presentaban mil brechas por donde entraba el agua estancada que ya solo servía para abreviar los bueyes y los potros; el puente levadizo, cuyas cadenas rotas é inútiles pendían como dos brazos de horca encima de la puerta, había sido reemplazado por una calzada de piedra. Carretas desuncidas y gavillas de mieses esparcidas cubrían el suelo; una campesina calzada con zuecos echaba grano á las gallinas sobre las gradas de una puerta ojival, cuyos escudos mutilados por el martillo de la revolución popular se asemejaban á una blanca huella de bala sobre el muro de su baluarte. Una sola chimenea arrojaba en torbellino el humo negro y espeso de leña sobre todo el vasto edificio.

Las ventanas, en vez de reflejar el sol poniente sobre los vidrios, derramaban por todas sus aberturas la paja y el heno de la última cosecha. Los trilladores de granos dejaban oír el ruido cadencioso de sus zurrigios en la gran sala de los guardas. Todo demostraba que el castillo estaba convertido en quinta; pero por una vicisitud muy común en esos edificios

de los siglos pasados, demasiado vastos para su poseedor actual, la quinta se había convertido en castillo.

A algunos centenares de pasos del edificio principal, se destacaba una casita, contigua á unas caballerizas y hórreos, semejante á una posesión inglesa de los bosques de Richmond ó de Windsor, y brillaba de juventud, aseó y elegancia en medio de un prado cercado de barreras pintadas al óleo y entrelazadas de rosas tardías y jazmines olorosos. Las ventanas de grandes cristales deslumbraban los ojos con la reverberación de los últimos rayos del día; el humo imperceptible de leña seca salía de muchas chimeneas de hierro, como para invitar á los huéspedes; palafreneros de libreas amarillas paseaban los caballos ensillados por delante de la puerta; gran número de personas, dueños de la casa ó visitas, aparecían y desaparecían sobre el umbral; todo anunciaba allí la vida, el movimiento y la opulencia de un hogar de otoño habitado por una familia hospitalaria.

Yo lo ignoraba todo, el castillo, la quinta, la casita, los dueños antiguos, los nuevos y hasta el nombre del valle á donde me habían llevado los ladridos de los perros que perseguían á un corzo.

IX.

Mientras que yo contemplaba inmóvil aquella comarca desconocida y aquella ruina sin nombre para mí, oí á mi espalda galopar un caballo; era el de mi amigo Capmas, uno de mis compañeros de caza, que venía en busca mía. Hacía muchos años que habitaba el pueblo de Semur, capital pintoresca de aquellos bosques, de aquellas rocas y de aquellos torrentes; hombre ya maduro, pero siempre joven, á quien su pasión por la caza y su amable cordialidad habían hecho familiar y querido en todos los hogares de la alta Borgoña. Era aficionado á los versos y la literatura tanto como á los ladridos de los bosques y al galope de los caballos bajo las bóvedas de hojas; esta analogía de gustos nos había ligado naturalmente. Luego fué uno de mis compañeros de tienda en los desiertos de la Mesopotamia y en las rocas de la Palestina. ¡Ay! no habita ya aquí sino en mi memoria; pero es uno de esos ausentes de que siempre se hace conmemoración y cuyo recuerdo sonríe hasta en la muerte.

«¿Sabéis dónde estamos?» me dijo con el acento de interrogación fina y calculada de un hombre que quiere causar una sorpresa agradable.

—«No, le dije, pero es uno de los paisajes más tristes y una de las ruinas más melancólicas»

cas que he encontrado jamás en nuestras carcerías.

—«Lo creo, contestó, pero este valle y este castillo os causarían mas emoción si supierais su nombre y os dijese de quien fueron cuna estas ruinas?»

—«¿Pues dónde estamos? le dije.

—«En Bourbilly, me respondió, castillo de Mad. de Sévigné!»

Al oír este nombre, el paisaje, poco ha diferente y muerto, se iluminó repentinamente para mí como si hubiesen encendido un faro sobre todas las torrecillas del castillo y sobre todas las colinas del triste horizonte; creí ver las ondas perezosas y los charcos de agua estrávasada del *Serin* en las praderas reflejar la imágen de quella niña de cabellos rubios, niña querida ya de su siglo: creí oír su nombre murmurado por el río, por las hojas y por los ecos de los viejos muros, y hasta por los gritos de las cornejas azoradas en torno de las almenas del castillo. ¡Poder de un nombre que vive y hace revivir toda la comarca muerta con cual ha sido una vez identificado!

X.

Todas las páginas del libro querido de mi madre, largo tiempo cerradas, volvieron á abrirse despertando mil agradables emociones; pero ninguna página valía para mí lo que la casualidad acababa de escribir y pintar á mis ojos en aquel valle.

Otra casualidad sirvió mejor á mi piedad histórica para aquella memoria que se confundía en mi corazón con la de mi madre. El propietario actual del castillo y de los bosques de Bourbilly era un amigo de mi compañero de caza, que nos recibió como amable huésped, muy contento de sacudir el polvo del monumento de que le había hecho poseedor su culto á Mad. de Sévigné, y acompañarnos paso á paso detrás de las huellas todas que aquella familia, que por el talento había venido á ser la familia de todo el mundo, había dejado en aquellos surcos, en aquellas alamedas, en aquellas salas y lienzos ahumados colgados de las paredes del castillo. Pasamos dos días y dos noches en esta peregrinación de recuerdos y de sentimiento. La historia de Mad. de Sévigné partía de aquí á la edad de diez años y volvía al mismo punto en su vejez; este era el ciclo de su vida; no había mas que mirar y leer para volver á recorrer con ella toda esa vida.

XI.

Allí era en efecto donde había nacido, ó por lo menos donde había sido criada y meci-

da en la primavera del año de 1626, época en que su madre, que la había dado á luz durante su estancia en París, la volvió á aquel nido de familia; allí fué donde sus ojos se abrieron á los rayos del sol, donde ensayó sus primeros pasos sobre aquellas baldosas, donde había balbuceado las primeras palabras, y recibido durante los años en que el alma emana de los lugares las primeras impresiones de aquella naturaleza, jugado en aquellas praderas como la gacela de los bosques y respirado con aquel aire elástico y siempre fresco de la alta Borgoña, ese vigor de salud y esa delicadeza de los sentidos que dieron á su tez sus rosas tan celebradas y á su alma ese perpétuo temblor de sensibilidad, preludio del genio cuando no lo es de la pasión.

Yo estudiaba lleno de complacencia las analogías misteriosas de aquel paisaje sereno sobre un horizonte grave con el espíritu de aquella muger movable, cuya sonrisa brilla sobre un fondo oculto de melancolía. Quien no conoce el sitio, no conoce la planta, dicen los persas; el hombre es planta hasta cierta edad de la vida, y el alma tiene sus raíces en el suelo, en el aire y en el cielo que han formado los sentidos.

XII.

El padre de Mad. de Sévigné, caballero de ilustre nacimiento del *Charolais*, trasplantado á la alta Borgoña, era hijo de Rabutin, baron de Chantal, cuyo feudo poseía cerca de Autun, y señor de Bourbilly, tierra cerca de Semur.

Cristóbal de Rabutin había casado con la señorita de Chantal, hija de un presidente del parlamento de Dijon. A la muerte de su marido, ocurrida en la caza á la edad de treinta y seis años, su viuda poseída de una veneración mística por San Francisco de Sales, caballero de Saboya y obispo de Ginebra, abandonó la casa de su suegro enfermo y sus hijos por seguir como una *Magdalena* los consejos de la perfección cristiana mas refinada, desertando de los deberes de la vida comun. Cesó de ser madre, según la naturaleza, para llegar á ser madre, según la gracia, de una orden monástica de mugeres, conocidas con el nombre de *Hermanas de la Visitación*. San Francisco de Sales, cuyo candor no buscaba la virtud fuera de la naturaleza, separó largo tiempo á su próselita de una obsesión que le edificaba, pero que le era importuna. La baronesa de Chantal se obstinó; pasó sobre el cuerpo de su hijo que se había echado en el umbral de la puerta de su casa para impedirle salir de su casa y entrar en un monasterio; persiguió al santo; sostuvo con él una correspondencia espiritual; llegó á ser fundadora y santa. Bajo este título la venera hoy su orden. Sus religiosas han he-

cho de ella su patrona; pero no lo es de las madres, ni de los huérfanos.

XIII.

Aquel hijo, sobre cuyo cuerpo pasó la baronesa de Chantal, para dejar el mundo, fué el padre de Mad. de Sévigné. Casó con Maria de Coulanges, hija de un consejero de Estado. Distinguido en la corte por su talento, en la guerra por su valor y en algunos duelos de la época por su habilidad en el manejo de la espada, murió en el campo de batalla contra los ingleses, en la Rochela. *Gregorio Léli*, historiador de la época, dice que Mr. de Chantal cayó bajo la espada del mismo *Cromwell*. Tres caballos muertos debajo de él y veinte y siete lanzadas en su cuerpo, atestiguan su heroísmo.

Su viuda le sobrevivió poco. Su hija no tenía mas que seis años á su muerte. Esta hija, Maria de Rabutin-Chantal, que debía ser un día el prodigio de las madres, no conoció tampoco ninguna de las ternuras de madre, é inventó por sí sola la pasión materna, pues su abuela la baronesa de Chantal, toda absorta en la fundación de sus ochenta monasterios, relegó á su nieta huérfana á los cuidados de su familia materna, dándole por tutor al viejo abate de Coulanges, su tío, que poseía el priorato de Livry, cerca de París. Este tío llegó á ser un padre para la huérfana. Se ignora como este viejo abate, regular sin rudeza, y tierno sin debilidad, educó á esta niña sin madre; pero á los quince años una joven perfecta en belleza, en gracia, en instrucción sólida y en talentos precoces, salió de la soledad de Livry y deslumbró desde su primera aparición al mundo.

XIV.

Lo que se llamaba entonces el mundo, era la plaza Real de París, barrio aristocrático que encerraba entre cuatro filas de arcos tenebrosos, una plaza plantada de algunos tilos; pero este barrio estaba habitado por lo mas escogido de la nobleza y de la literatura francesa. Era el vestíbulo de las Tullerías, el pórtico de la corte. Para ir á los honores, á la consideración, á la fama y á la gloria se pasaba por allí.

Hay pisos que ennoblecen. El orgullo, la vanidad, y la preeminencia de raza ó de profesión, son tan inherentes á la naturaleza humana, que se hace un privilegio de un arco ó de una ventana á la calle, como de un trono en un palacio.

La familia de Coulanges la presentó á la corte. Su retrato, escrito por Mad. de Lafayette, las exclamaciones que se escapaban á todos sus contemporáneos ilustres, tales como *Méragé*, *Chapelain* y *Busby-Rabutin*, y los numerosos retratos pintados por los mejores artistas de su época, esplican la atención unánime que se fijó sobre aquella joven. Rodeada de entusiasmo y de amor, halló al dar su primer paso en el mundo benévola acogida en todos los ojos; esta acogida que debía ella á su rostro, abrió su alma á la serenidad, porque privilegio de la hermosura es brotar de ese modo en medio del dulce calor que inspira, sentirlo ella misma y comenzar la vida por el agradecimiento. Esa primer mirada del mundo es un espejo donde la vida sonríe ó se anubla á los ojos de una joven y la predispone para siempre á felicitarse ó entristecerse por la existencia; es la fisonomía de su destino que se le presenta á la primera ojeada. Todo en aquella fisonomía del mundo, donde entraba, fué lisonjero para la bella huérfana. Conoció que la naturaleza la había creado para ser la dichosa favorita, no de un rey, sino de un reinado. Así no es extraño que desde el primer momento amase aquel mundo que la amaba.

«No quiero abrumaros de elogios, le escribió á su primera presentación en el mundo Mad. de Lafayette, cuyo talento y estilo eran autoridad para aquella sociedad aristocrática y literata del siglo XVII; no quiero entreteneros diciendooos que vuestro talle es admirable, que vuestra tez tiene una flor....., que vuestra boca, vuestros dientes y vuestros cabellos son incomparables... Vuestro espejo os lo dice mejor; pero como no habláis delante de vuestro espejo, no puede deciros lo que sois cuando habláis..... Sabed pues, si es que lo ignorais todavía, que vuestro talento adorna y embellece de tal modo vuestra hermosura que no la hay mas seductora en la tierra, cuando os animais en una conversación sin trabas. Os sienta tan bien todo lo que decís que el brillo de vuestro talento aumenta el de vuestra tez y el de vuestros ojos; y aunque parece que el talento no produce impresión sino en los oídos, es sin embargo cierto que el vuestro deslumbra por medio de vuestra fisonomía hasta los ojos... El que os escucha mira en vos la belleza del mundo mas acabada...»

XV.

Muchos años despues de este retrato escrito, el pincel de Mignard nos trasmite sus hermosos cabellos rubios, ondulados sobre la frente como pequeñas olas espumosas al soplo de la inspiración, y adornados como un ramo de limonero en flor; el óvalo de las mejillas de-